

**Juan Friede**

*El Ejército Popular,  
Vencedor en Boyacá.\**

Desde el comienzo de la campaña libertadora, la guerra en Venezuela muestra un carácter diferente del de la lucha que llevaba la Nueva Granada por su Independencia. Las costas y el interior montañoso de Venezuela estaban ocupados por Morillo con un ejército en que prevalecía la infantería; mientras que el sur del País, los Llanos estaban dominados por los llaneros al mando de Páez con su caballería. Eran dos ejércitos valientes, disciplinados, que pudiéramos llamar regulares, pero no podían desalojar uno al otro, pues la infantería era incapaz de recorrer los Llanos, mientras los caballos no servían para trepar las montañas. Páez esquivaba el enfrentamiento total con la infantería de Morillo en el terreno que éste ocupaba, limitándose a cortas incursiones al territorio enemigo para luego retirarse. Morillo no osaba permanecer por largo tiempo en los Llanos, porque su infantería no encontraba allí posibilidades de subsistencia. El jefe español se quejaba frecuentemente en sus cartas al Secretario de Guerra en Madrid, “que el enemigo huye arriesgar su poder a la suerte de una batalla”. “Yo me lisonjeaba —escribía— que Bolívar y Páez, animados con sus ingleses, se presentarían como agresores y viniesen a ésta parte del Llano —Caracas—”. Pero en vano. Esta táctica, se quejaba, “ha conseguido a prolongar la guerra, sin destruir las esperanzas de los revolucionarios”.

De esta manera, la guerra en Venezuela era estacionaria, indecisa, de desgaste, de “tira y afloja”, sin que ninguna de las partes lograra una victoria decisiva durante años. En el territorio de Morillo no conocemos una actividad de guerrillas patriotas. Al contrario: grandes sectores del pueblo eran adictos a la causa de España, por los lazos directos con la Madre Patria que ofrecían las conexiones marítimas y debido al comercio, especialmente de contrabando, ejercido con éxito a la sombra de la ineficaz administración colonial. En los Llanos todos eran pa-

\* Arreglado según un capítulo de la obra “La Batalla de Boyacá a través de los archivos españoles”, publicación recientemente aparecida con motivo del Sesquicentenario, auspiciada por el Banco de la República.

triotas como pocos años antes eran realistas al mando de Boves. Ambos ejércitos dominaban regiones más o menos homogéneas políticamente, que no conocían “quintas columnas” o en las cuales éstas eran tan débiles, que apenas dejaron huellas en la documentación contemporánea.

Muy distinta era la situación en la Nueva Granada. El despótico gobierno de Morillo y Sámano, a más de otras causas de orden económico y social, convirtieron la simpatía con que en 1816 fueron recibidos los españoles por los pueblos como sus libertadores, en una franca aversión a la causa del Rey de España, con la participación tanto de las altas como de las bajas clases sociales. El vicepresidente del Congreso de Angostura, Francisco Antonio Zea, comunicaba al enviado de Estados Unidos, Comodoro Perry, (Angostura julio de 1819) que “la provincia de la Nueva Granada estaba en un estado de rebelión”. El fiscal de la Real Audiencia, Agustín Lopétedi, informaba al rey sobre “el descontento de los habitantes, la ruina de la agricultura, el atraso del comercio, el desorden de las rutas, la miseria general... los pueblos disgustados con espectáculos numerosos y frecuentes de sangre... contribución permanente de raciones, empréstitos forzosos, etc.” El gobernador de Cartagena, Gabriel de Torres, denunciaba al monarca español “la opresión de los pueblos, la ninguna protección que se les dispensaba... las contribuciones superiores a sus fuerzas con que se les gravaba... etc.” Y aún el propio Morillo admitía “la disposición, sentimientos y opinión general de los habitantes”, adversas a España. De ahí, declaraba Lopétedi, “Bolívar, caudillo de los insurgentes de Venezuela, contando seguramente con el descontento de los pueblos del Reino, meditó invadirlo y lo efectuó”.

Naturalmente, para los militares como Morillo o Sámano la solución de tal situación eran las bayonetas; “bayonetas aguzadas”, como decía Morillo. No se daban cuenta éstos militaristas que con el empleo de la violencia no se puede tener en jaque indefinidamente un movimiento hondamente arraigado en el pue-

blo. La violencia sólo puede aplazar el éxito final de un movimiento popular, pues indispensablemente vuelve a renacer mientras siguen existiendo las condiciones que lo han originado. Y tal carácter popular tuvo el movimiento independentista. Con razón declaraba Bolívar en su célebre carta de Jamaica: “Y suponiendo que se lograra la pacificación ¿no volverán a formarse dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?”

El pueblo granadino se defendía con guerrillas; acción popular empleada por los pueblos desde la época del ocaso del Imperio Romano. La Nueva Granada estaba infestada de guerrillas, los “ladrones” o “bandidos”, como se les denominaba en la correspondencia de las autoridades españolas. Fueron las guerrillas las que impidieron a Latorre salir de Cúcuta con el fin de reforzar el ejército de Barreiro, pues cortaron la comunicación con el interior del Reino. Apenas llegado a Pisba, se le reunieron a Bolívar los guerrilleros del Socorro, trasmontando la cordillera. Y sin embargo, el camino hacia aquella ciudad siguió interceptado, “pues las partidas de ladrones en Leyva y Chiquinquirá impiden la comunicación”.

El 16 de junio, al comenzar la campaña, se quejaba Barreiro de la existencia de “varias partidas de ladrones que inquietan los ánimos de los pueblos, incitándolos a la desobediencia”; por lo cual, declaraba, no ha podido dejar desguarnecidos a los pueblos. El 3 de julio vuelve a escribir: “Los montes están infestados de bandidos protegidos de los pueblos... Ideas turbulentas abrigan muchos de los que viven en poblaciones”. El 4 de julio denuncia a los vecinos que “procuran espiar nuestras tropas”. El 10 de julio, en Gámeza, resuelve atacar a las fuerzas patriotas, “para no dejarlas fomentar el partido al que están propensos todos los pueblos”. Para mantener una comunicación regular entre Tunja y Bogotá, Barreiro tuvo que establecer un correo militar con puestos en Tunja, Ventaquemada, Chocontá y Puente Común. Con dificultad consigue un campesino sufi-

cientemente atrevido para llevar una carta al gobernador de Socorro, y a precio de oro y promesa de licenciarlo del ejército, logra que un soldado lleve una carta de Tunja a Santa Fe.

Incluso el clero, generalmente conservador, se había unido al pueblo. En su carta del 4 de julio se queja Barreiro de los sacerdotes, "cuya mayor parte son sospechosos; unos por desear nuestro exterminio y triunfo de los rebeldes, y otros por ser verdaderos egoístas... Unos y otros protejen a los rebeldes, les suministran todo el obsequio y cuantas noticias llegan a adquirir..." Si se mandara a los sospechosos a Bogotá como propuso Sámamo, "no quedaría en Tunja ni una media docena de curas". El 13 de julio comunicaba Bolívar a Zea desde Tasco haber interceptado el correo enemigo del cual se desprendía que "los españoles temen no solamente al ejército sino al pueblo que se manifiesta extremadamente afecto a la causa de la libertad".

Se creará entonces que era el pueblo granadino y no el venezolano entre el cual prevalecía el espíritu militar. Sin embargo sabemos que sucedía todo lo contrario. Eran los venezolanos los que principalmente conducían esa guerra de liberación, que los llevó desde la Guayana hasta el Alto Perú (Bolivia); mientras que el Nuevo Reino era la sede de un espíritu civil, intelectual si se quiere del movimiento independentista. ¡Es que hasta nuestros días son las guerrillas y no un ejército disciplinado con las cuales se defiende el pueblo sediento de paz, de la injusticia y opresión.

\* \* \*

Los documentos ilustran cómo Bolívar formó su ejército, esencialmente popular, que a la postre libertó la Nueva Granada. Al comunicar Morillo al Secretario de Guerra la derrota de Boyacá, decía: "Bolívar continuó sus marchas, engrosando siempre su ejército con nuestros desertores, los descontentos y hombres de todas clases y condiciones que fue sacando de los pueblos que in-

vadía". De una manera despectiva comunicaba Barreiro a Sámano el 10 de julio de 1819 que de acuerdo con sus informes, el ejército enemigo invasor consistía en 2.000 plazas, "mitad de regular tropa, incluso unos 300 ingleses, y la otra mitad de indios muy flojos". En otra carta de la misma fecha escribía que se trata de "un enemigo despreciable por sí mismo, por la desnudez y miseria en que se halla y por su cobardía de sufrir los rigores del clima y las armas del rey". Después del encuentro en el puente de Gáneza con ese ejército compuesto por mitad de "indios muy flojos", informaba el 16 de julio, ya algo más alarmado, que "la mayor parte de las cuadrillas de salteadores se han reunido a los rebeldes". Su carta del 19 de junio muestra mayor respeto al ejército patriota que consistía, según informaban los espías, de 400 desertores y vecinos de las montañas, 600 indios "miserables", 250 negros (que Barreiro considera lo más valiente de las tropas), 600 llaneros y 200 ingleses "delicados"; a más de 400 jinetes.

El 28 de julio, en Duitama, Bolívar decretó una movilización general de todos los hombres entre 15 y 45 años de edad, por un término de 15 días, bajo pena de la horca si no se presentan. Barreiro comunicaba a Sámano el 31 del mismo mes: "En los pueblos que dominaban los rebeldes se han hecho grandes levadas y recogido un número considerable de paisanos, sin distinción de indios y vecinos, ya todos se han agregado a su servicio". Se le reunieron a Bolívar, declaraba Barreiro, "las partidas de rebeldes de Tobar, Montoya, Calvo, el negro Marcos y otros".

Tal era pues el ejército heterogéneo, eminentemente popular, que reunió Bolívar para acometer el asalto final. Si el que había atravesado la cordillera consistía en un 55% de elemento militar (llaneros, ingleses y caballería) y en un 45% del pueblo (vecinos e indios), después de la reunión con las partidas guerrilleras y la movilización general decretada por Bolívar, la proporción fue más que invertida. Sin embargo, el militar de carrera despreciaba ese ejército popular, la masa. "Esta reunión —declaraba Barreiro

en su última carta a Sámano— nada importa a las tropas de mando pues se hallan convencidas que la multitud no hace la guerra sino que constituye un desorden de los buenos soldados” ¡Cómo se había equivocado! Fue este ejército improvisado, mal armado y mal vestido, el que se enfrentó a los ejércitos disciplinados de Barreiro en el Pantano de Vargas, en el Puente de Boyacá y el que ocupó Santa Fé de Bogotá, logrando la independencia definitiva de la Nueva Granada. Aunque —sea dicho aparte— no fue el pueblo el que capitalizó la victoria.

\* \* \*

La reconquista de la Nueva Granada por ese ejército popular tuvo en su época una resonancia mucho mayor de lo que generalmente le atribuyen los historiadores. Pavor y ansiedad se apoderaron de Morillo cuando supo el luctuoso acontecimiento. En su carta al Secretario de Guerra fechado el 12 de septiembre de 1819 informaba sobre ésta “desgraciada acción que entregó a los rebeldes, además del Nuevo Reino, muchos puertos del mar del Sur (Pacífico). Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a merced del que domina a Santa Fe”. Una alarma cundió también en Madrid. El citado Secretario de Guerra comunicaba el 4 de diciembre del mismo año al Virrey de Lima la derrota de Boyacá, instándole que desde Chile embarcase inmediatamente tropas a Guayaquil con el fin de que por Quito y Popayán se trasladase al páramo de Guanacas (!) y cerrasen a los revolucionarios el camino hacia el sur del continente. Francisco Antonio Zea en su carta a Bolívar el 24 de septiembre prevenía las consecuencias altamente favorables del feliz acontecimiento sobre la suerte de Venezuela, Nueva Granada, “y toda la América y en la misma Europa”. Como acertadamente lo señala Lecuna, fue la noticia sobre la derrota de Boyacá la que hizo desbordar en España la oposición contra el régimen despótico de Fernando VII, precipitando la revolución de Riego (1º de enero de 1820). El establecimiento de una débil monarquía constitucional fue un suceso

que ha favorecido en gran manera la posterior lucha por la independencia en toda América. La derrota de Boyacá tuvo, pues, a los ojos de sus contemporáneos una repercusión mucho mayor de lo que sospechamos.

Y ciertamente, basta observar el mapa de las Américas para comprender que la ocupación de la Nueva Granada dividió en dos partes el ya tambaleante imperio colonial que se extendía del norte al sur, desde México hasta Chile; una desmembración tanto más eficaz por cuanto España carecía de una flota apreciable en ambos océanos, la cual hubiera podido suplir la brecha que se produjo. El curso, favorecido directa o indirectamente por los gobiernos independientes de Angostura y Buenos Aires, suspendió prácticamente la posibilidad de un acción coordinadora de las fuerzas adversas a los insurrectos. Tengo para mí que fue la batalla perdida en Boyacá, más que la de Ayacucho, la que quebró definitivamente el poderío español en las Américas.